

agustino de nación



Manuel Palazón Blasco

Creative Commons Atribución/Reconocimiento-CompartirIgual 4.0
Licencia Pública Internacional – CC BY-SA 4.0

compostelana

Entra
un estudiante
algo fantástico,
de mentirijillas:
aquella “vida holgazana,
libre
y vagamunda”
la anda,
nada más,
en sus sueños más descuidados. Corre
en cambio
estas tunas
casero,
en pantuflas,
sin jubón con faroles,
calzas,
camisa de cordeles,
pantalones gongorinos
ni beca
(pero arrastra muchísimas puñetas).
Es escolar muy aplicado,
y no trae, en la capa, cintas
de circes, de calipsos, de nausícaas.
Trova sin bandurrias
o panderetas,
y no “para haber mantenciónia”¹,
que pide (valdrá
su sopa boba)
muy poco,
esto,
que hicierais corro a su alrededor,
que te arrimaras un tantico,
compostelana.

¹ Alfonso X el Sabio. *Ley de las Siete Partidas*.

Quai des Grands Augustins



este verano,
en París,
andando la orilla izquierda,
duende,
del Sena,
me tropecé con esta placa de calle que me hizo gracia,
porque el odónimo aumenta mucho a los de mi colegio,
subiéndonos a “grandes” de qué,
y nos mezcla con puertos y marinerías

sígueme,
entonces,
y pasea conmigo despacio este muelle “de los agustinotes”

class of



la fotografía de la clase de *párvulos A* está tomada en el patio,
con burdo aparato
teatral: la gruesa alfombra en el suelo,
las dieciochescas butacas tapizadas disimulando el banco
corrido,
las corbatas, y las varias maneras de pajaritas, con lazo
idiota,
de goma
(todos las gastan menos ése del centro: su bravura,
o su peligrosísimo despiste,
fijados para siempre por la cámara)

Allen Ginsberg aullaba las suertes de ángeles
derribados
de los de su generación; yo
apunto
nuestra histeria
común,
que nos desarreglaría (el horror,
el horror)

míranos si no: firmes, subidos
a una bancada,
o sentados de dos en dos en enormes,
señoriales
sillones,
y no tocábamos,
pobrets,
con los pies, el suelo
de la vida

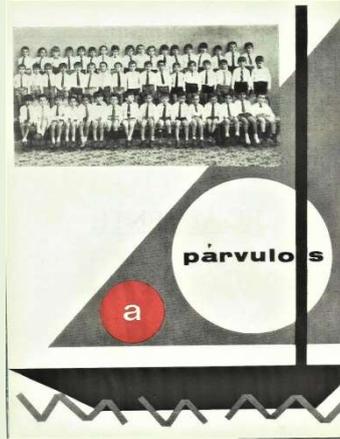
I'd
rather
not

“--Peter, ¿dónde estás? Déjame que te adopte a ti también.
--¿Me enviaría usted al colegio?
--Sí.
--¿Y después a una oficina?
--Supongo que sí.
--¿Y pronto tendría que ser un hombre?
--Muy pronto.
--A mí nadie me va a coger, señora, y hacer de mí un hombre. Yo quiero ser siempre un niño pequeño y pasármelo en grande. [Eso es tal vez lo que él piensa, pero es sólo su mayor fingimiento.]”

(*Peter Pan*, Acto V, Escena II)

A este otro Bartleby lo llamaban,
porque tiene el primer apellido demasiado común,
por el segundo. Arrando,
el primer día de clase,
en párvulos B,
con sor Esther,
se ha negado a sentarse en el pupitre.
No se quitará del quicio de la puerta,
ni suelta en ningún momento la cartera de cuero,
que tiene cogida con fuerza.
En las *historias* que él se cuenta esto se repitió durante varias
semanas. Fue,
me parece,
cabezonería de cimarrón. Y yo
te saludo.
¡Ave!

investigación, o invención,
del párvulo



No me acordaba, y sé
ahora (otra vez
sé),
por la “memoria escolar 1966-67”,
que yo iba a la clase de *párvulos A*.

Tal vez porque le daba el título de *madre* se me había borrado
además el nombre

brujo,
postizo,
de mi monja,
sor Concepción; la bondad de su rostro (su sonrisa
amable)
no,
por eso la conozco
aún.

Aprendí de sor Concepción la mecánica de la lectura,
y de la caligrafía,
con aquellas frases ñoñas,
el amo-a-mi-mamá-mi-mamá-me-ama,
y el uso de los lápices, de la goma de borrar, del sacapuntas,
y los números elementales.

Conservo noticia dudosísima de los castigos que disciplinaban
(que estropeaban) nuestros genios,

Tatay colgado de una percha por el cuello del babero,
Zamorano

de rodillas, cara a la pared, los brazos extendidos, un libro en
cada brazo, Puchades,

o Riera, condenados a pasear sus errores (casi
sus pecados)

por las clases de los mayores. Sé,
seguro,

que no cantamos nunca el Corro de la patata,
o la Tarara,

que nos faltaban los rincones,
ferrocarriles,

cocinitas,

muñecos,

que sor Concepción no nos movía, divertida, a ensuciarnos
(a que nos pusiésemos perdidos de pinturas y felicidad),

que no nos contó ningún cuento que no tuviera moraleja,

ni permitiría que abriésemos la mañana contándonos en
legañosas asambleas,

que nunca me acarició, madre, con las manos, con su voz,

ni me levantó en vilo, y me decía, que te como,

y me llenaba de mordiscos la barriga, y me decía,

reboniiiiico,

y que me quería.

Ni siquiera sería yo, para usted, madre, Manuel,

o Manolito, y emplearía,

para citarme (para quitarme

de sus orillas),

el apellido, palazón, sal-a-la-pizarra,

te-has-salido-de-la-pauta, palazón.

(desastrado para siempre, perdí,

con todo esto,

mucho,

mucho)

yo no sé si fueron
o no
aquellos *párvulos*,
si he jaleado a mi memoria para que fabricase a este
manoloescolar aburrido,
mierdica,
nerviosísimo

lo cierto es que si comparo mi suerte con la de los nenes que
se crían a los pechos (¡serán
cochinos!)
de mimaridesa
me entiendo, desde luego, muy desaventajado

Gothic

el Colegio de Santo Tomás de Villanueva de Valencia tenía dos
espacios en los cuales leíamos las novelas góticas,
y gotosas,
de nuestros sueños peores

entre el patio doble donde jugábamos todas las maneras del
fútbol y la calle San Vicente,
arrimado a la Parroquia de Cristo Rey,
se sostenía aún el convento derrelicto, y sabíamos,
en su estómago,
un cementerio
escondido:
con los fantasmas de aquellas *madres*
que no
hacíamos la puebla de sus celdas derrumbadas,
imaginábamos los huesos fosforescentes incendiando sus
sótanos,
oíamos la ronquera de sus horas penúltimas,
nos venía la tembladera

y luego, en el quinto piso del edificio principal,
el que encierra las aulas en sus primeras plantas,
dormiría,
o no,
la frailería,
y a uno lo espantaba que pudieran apellidarle, suba
usted,
Palazón,
que el padre Lupericio

limosnerías

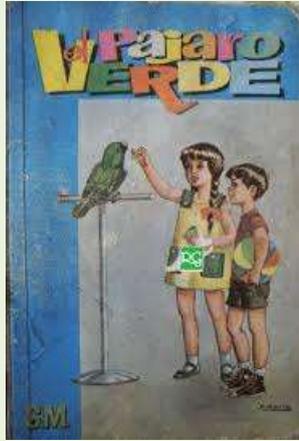
era el día
del Domund,
y en clase, encima de la mesa maciza del padre Luis, del padre
Ángel,
del padre Manuel Mecáñez,
las cabezas huecas, de barro pintado, de un chinito (el
sombrero,
un cuenco de arroz invertido),
de un negrito (¿veis?, los aniñábamos con el diminutivo,
con el fin de establecerlos),
de un indio (¡comanche!) emplumado,
figuraban las misiones,
con sus pobres
cristianados
y mansos

nosotros, con las pesetas que traíamos de casa,
engordábamos las piadosas huchas y nos iniciábamos en la
tercera virtud teologal
de prestado

palotes y perdición

los *Cuadernos Rubio de escritura vertical* (los palotes
y los muelles;
Edipo
y Yocasta, mimamámeamaamoamimamá,
prisioneros de sus pautas)
nos derriban de nuestro cielo
primero: con ellos
se inicia nuestra caída: antes
escarabajeábamos con tizas,
ceras,
rotuladores desguardados,
por los suelos,
y en las paredes,
y en toda la papelería del paraíso

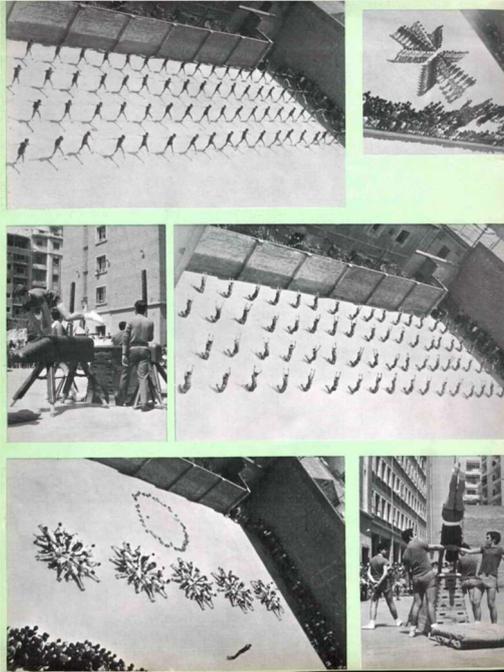
el pájaro verde



guardo memoria exacta de la portada,
y de su trasera:
la nena que ofrecía alguna golosina al loro,
su hermano pequeño, con la pelota bajo el brazo, mirando,
los tres molinetes clavados al sombrero de papel

El pájaro verde fue mi primer libro-
de-
texto
cabal,
y aprendería en él
qué,
cosas que me iniciaron como escolar, cosas
que vinieron a terminarme como chiquillo

¡a [de]formar!



éste debería ser el propósito fetén de la gimnasia
mejor: desentumecer el cuerpo, desperezarlo, soltarlo,
que pueda gozar el mundo físico,
dedicarse al juego

gobernaban la nuestra, en los Agustinos, militares
en chándal,
suboficiales chusqueros con segundo empleo, civil
y desganado,
la leche
amalada
y silbato reglamentario

se hacía en el patio, que entonces no era
de recreo,
sino horroroso

todo, el uniforme del colegio
(los pantaloncitos azules marino, la camiseta
roja),
la tabla,
las vueltas al campo de balonmano (¡el flato,
el flato!),
los aparatos (el caballito, el potro, el plinton
terrible,
que nunca pude, me daba muchísimo miedo, saltar)
valía para sujetarnos
y desbravarnos

usábamos como vestuario el huerto del convento vaciado,
en ruinas,
de las monjas,
y no había duchas: católicos
y acomplejados,
nos lavábamos un poco la cara y las manos en el bebedero,
y nos poníamos,
por melindres,
la ropa de calle encima del uniforme:
el tufo que apestaba después el aula,
en clase de inglés, o de geografía,
y la roña,
y la memoria de nuestras indiferentes rendiciones,
y del tedio,
calaban nuestra naturaleza,
volviéndonos inservibles para la vida

arqueología (casi,
geología)
del pupitre

hacía el moco sedimentado,
fósil,
en el casco de aquella galera que paleteábamos desmanotados,
y que no llevaba a ninguna parte,
nuestro pupitre
antiguo,
decía,
armado en astilleros terribles con el propósito de
domesticarnos,
el caracolillo del miedo
y del tedio
de los párvulos agustinos que lo marearon antes que yo,
y que echaría,
con su peso,
la pobre barca
a pique
(y andamos desde entonces
esto
hundiendo las chirucas en la horrura de los fondos del mundo)

en desmemoria feliz

conviene,
si quieres entender algo de todo esto,
desaprender a Dios,
los textos
recibidos,
los pasos de este baile,
los mapas políticos,
la peseta,
nombres y apellidos naturales
y de ley,
todos los géneros y demás accidentes
de la gramática
de la vida:
podrás,
entonces,
tal vez,
así desenseñado,
empezarte
segunda
vez,
borrón
y cuento nuevo

el patio del Colegio de los Agustinos

después de las clases,
las carteras de cuero amontonadas a los pies de los muros,
ocupábamos alguno de los tres patios del colegio y nos
quitábamos del siglo
(de aquella jornada imbécil,
mezquina)
detrás del balón,
apurando el sol poniente de la tarde hasta que uno no sabía
seguro
la pelota

también en el patio de la vida debe uno jugar, jugar
siempre,
hasta agotar la luz natural que la alumbra,
y regresar
luego
a la nada,
nuestra nación
primera,
sucios,
reventados,
las rodillas lastimadas,
contentísimos

adivina lo que llevo en el babero

“empújote
la haba”
es oración
rústica,
que usan los muchachos de aldea,
saltando encima de sus comilitones, montándolos con
violencia,
y vale el churromediamangamangotero de nuestros colegiales

señalan con la alubia,
más llanamente que nosotros,
sin ningún remilgo,
eso de lo que hacemos pompa
escondida
(“adivinaloquellevoenelbabero”)

parecen alardes (flamenquerías,
farol)
de jenízaro
bujarrón

yo,
aunque nunca me paré a considerar estas segundas,
encontraba aquel deporte de patio poco fino, algo
asqueroso,
¿qué es esto de calzar el pescuezo en la entrepierna del
compañero?

el yo-
yó

es novedad
muy antigua,
capricho universal que, como el ingenio mismo, asoma
un momento (una
estación)
y se desaparece luego
luego

es juguete (“*jou-
jou*”)
malabar,
y,
como llegues a dominarlo,
podrás hacer con él volatines,
y representar comedias brevísimas,
la del niño dormido (arrullándolo antes de devolverlo al
carrete),
la de pasear al perrillo

aquí estas maquinitas se pusieron de moda cuando yo tenía
¿diez,
once años?

recuerdo que la *Coca-Cola* armó con ellas un circo musical en el
patio de los Agustinos,
y vaciamos enseguida de yoyós el quiosco de la calle Albacete,
frontero del colegio

yo,
con el yoyó,
podía muy poco,
que bajara el platillo sin ningún donaire,
y rescatarlo
después,
cuando la cuerda no se enganchaba en su eje

pues repite muy bien,
esto que alcanzaba yo con aquella vaina,
mi desmanotada infancia, y mi impericia
general
para el siglo

what about the boy

Todas las mañanas,
antes de entrar en clase,
formábamos militarmente en el patio del colegio.

Yo tendría ¿seis,
siete,
ocho,
nueve
años?.

Estaba en 1° C,
con el padre Luis,
en 2° C
o en 3° C, con el padre Ángel,
en 4° C,
con el padre Manuel Mecáñez.

No sé si saludábamos la mañana con un padrenuestro,
con el avemaría.

El Vice hacía nuestra inspección desde el balcón,
daba su *vale*, o,
por decirlo con mayor propiedad,
su amén,

y la señal para que fuésemos subiendo en orden perfecto las
anchas escaleras de mármol hasta nuestras aulas.

Me acuerdo de un chico de los que llamábamos mayorotes, y
sería

bachiller.

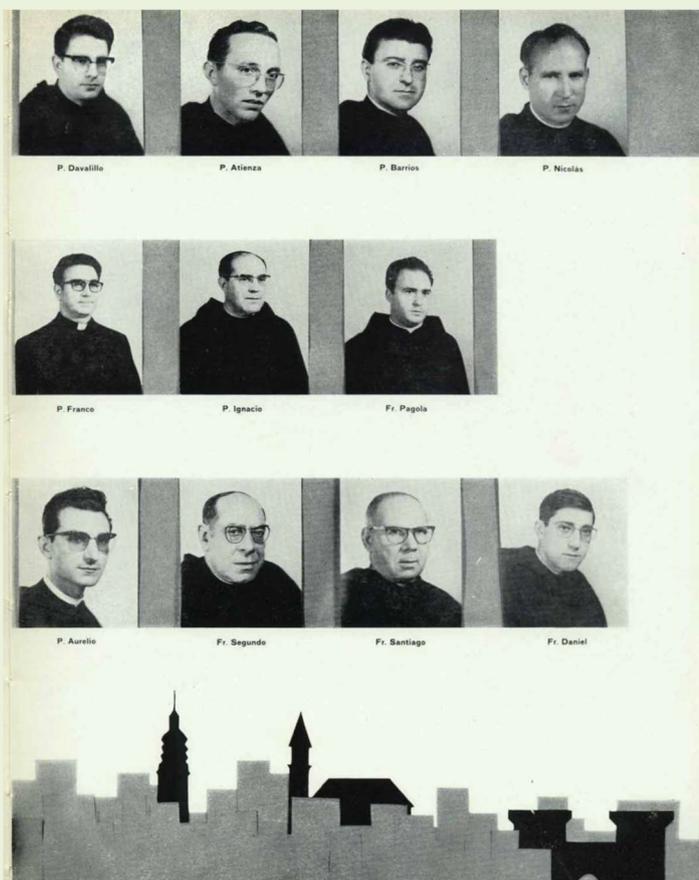
Yo buscaba en la fila más lejana,
la que tocaba la tapia del convento de las monjas,
su suéter color naranja.

Soñaba con tenerlo,
seguramente,
por hermano mayor.

O quería ser,
cuando creciese,
como él.

O fue
(y entonces no lo supe)
mi primer amor jodido
y mariquita.

clerigalla



verbenea en mis años primeros
y segundos
la frailería, “concurso”
de muchos sacerdotes, o, por usar, como ordena
el decoro,
los latines,
*Religiosorum multitudo*²

pertenecían,
todos,
a la Orden de los Agustinos,
y gastaban cinturón de cuero y el título
extrañísimo
de “padres”

² *Diccionario de Autoridades.*

tenían sus habitaciones, que yo soñaba
horrorosas,
en el último piso del Colegio;
los había visitantes, por poco
caseros, que papá hacía su médico familiar
y mamá los regalaba en el comedor,
elpadrecástor, elpadremanuel(álvarez); otros
fueron
mis tutores,
en la EGB,
hasta Cuarto,
elpadreluis, elpadreángel, elpadremanuel(mecáñez),
a éste, en la Parroquia de Cristo Rey,
le confesaba mis pecadillos, para que pudiese darme,
luego, almuerzo
divino;
éstos, arremangándose las faldas de las sotanas negras,
jugaban con nosotros al fútbol, en el patio;
el Vicerrector terrible hacía la centinela de los pasillos;
el padre Flecha recitaba, con ademanes felinos, Bamba
avanzaba por la jungla
si-
gi-
lo-
sa-
men-
te;
el Padre Mateo (mateofeomateofeo)
nos mareaba con las *historias*
turbias
de Ulises (mandaba a sus marineros que lo atasen,
que las Sirenas)
y de Santa María Goretti (lo que tuvo con su primo hermano,
carnal,
peor);

con fray Pagola, en el sótano, hice, muy entretenido
y muy burro, barros
y otros trabajos anteriores a la tecnología;
elpadrehilarario y el Davalillo me enseñaron el inglés que me ha
servido,
después,
de oficio,
y que me distrae mucho,
mucho; en COU exploré con muchísima curiosidad,
con Amador,
la Filosofía,
y la Historia con elpadreatienza

todos ellos hicieron,
¿veis?,
mis capones
padres
segundos
más o menos amables

díscolo

el padre Mateo los citó en su despacho, miren,
me está enfadando
últimamente
mucho
su hijo,
lo encuentro demasiado díscolo

mi padre entendió el capítulo como alabanza, y me defendió,
le parecía,
aquel desmandarme,
índice de un espíritu libre

por primera vez podía yo algo en el colegio que hacía que papá
me mirase con orgullo:

no recuerdo la hazaña,
cómo gané aquel título que me hacía “difícil de sujetar”,
y de peligrosa “compañía”³,
a mí,
que,
cagón,
remedaba perfectamente la figura domesticada del niño bueno,
los brazos cruzados sobre el pupitre, los ojos
puestos en la pizarra,
o en la vara

aprendí
ahí
la voz,
y ahora la he estudiado más despacio,
y diría,
“en todo rigor”,
mi “hastío”,

³ *Diccionario de Autoridades.*

el “mal estómago”⁴ que me desalentaba para esto,
para la vida,
digo

⁴ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana, o española*.

el Consultor



el Consultor de Santillana, que gastamos en 5° de E. G. B.,
con César Argilés, nuestro maestro
estupendo,
mejor,
era mamotreto,
y criatura de la moderna pedagogía que traería también las
fichas que nos volvieron en asnos,
y perezosos: encerraba,
dentro de sí,
todas las materias,
desdibujando sus fronteras: era
el hijo gordinflón de esta breve estación de luces,
y pretendía armar al chaval
completo

pero salimos, me parece, de la egebé, descabalados,
y adelantando
poco,
y a las palpas

discalculias

cuando el teniente Lambás llenaba la pizarra de operaciones
yo,

distraído,

apático

o miope

(en 8° C me sentaban en el penúltimo pupitre),

no las seguía,

menos mal que Mompó, la tarde anterior al examen,

nos explicaba todas las matemáticas del trimestre,

en el comedor de casa de Arrando,

y así,

con eso,

íbamos tirando

no puede decirse,

entonces,

creo,

que padeciese de discalculia, o sea,

de ser algo torpe con los números

sufro, esto

sí,

de una discalculia metafísica, que no sé hacer la cuenta

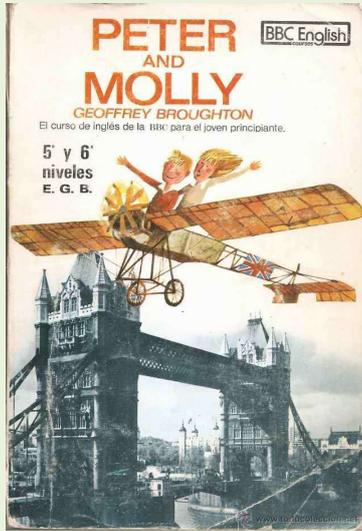
de la vida,

y me extravió en sus tablillas neperianas

trigonometría venérea

alegraban algo las álgebras que nos enseñaba el teniente
Lambás a los lentos colegiales pubescentes el seno
y el coseno
(la encalabrinada razón entre ambos,
¿no valía la tangente de la esquina en la que nos
masturbábamos como bachilleras monas?)

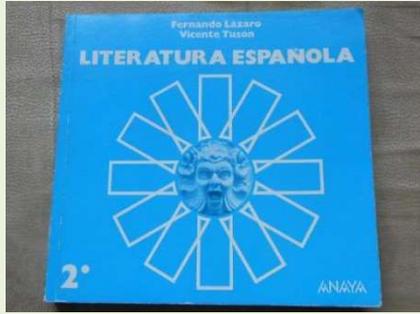
Peter and Molly



me empecé en el inglés con *Peter and Molly*:
me sujetaba la bici, hasta que me quitó las dos ruedecitas que
me servían de muleta,
papá,
después eché a correr con el padre Hilario
y me subí al aeroplano de la portada detrás del Davalillo,
y vuelo
todavía

si el castellano es mi lengua
de leche,
la que se usa en mi domicilio habitual,
esta otra vale mi amiga,
mi barragana,
la que visito
secreto
en el *meublé* que le he puesto
aparte

vocación



¿qué accidentes decidieron que mi hiciera yo
deletras
a los catorce, a los quince años,
cuando iba,
desde pequeño,
para médico?

con otros que tienen que ver,
paradójicamente,
con mi padre,
y que he dicho en otra parte,
también el libro de texto de ANAYA de 2º de BUP,
azul celeste, cuadrado,
y don Adolfo Villalba,
el Pétit,
que mareaba sus páginas
y nuestras pizarras
con un cigarrillo entre los dedos,
y me apellidó para esta carrera que no adelanta mucho
y con la que paso muy a mi sabor la vida⁵

⁵ *Diccionario de Autoridades.*

más o menos presentes

elpadreluis, elpadreángel, elpadremanuelmecánde
nos apellidaban, ¡navarroarrando!,
¡navarrorruiz!,
¡ortsbordera!,
¡ortuñotomás!,
¡palazón!

¡presente!,
contestábamos,
levantándonos del pupitre,
pero sólo lo estábamos
a medias,
y a la fuerza

“*ad usum Delphini*”

el Rey Sol juntó colegio de censores,
mandó que armasen una Biblioteca, en latines,
“ad usum Delphini”, o sea, para el uso
del Delfín,
su primogénito,
purgando los textos de babas
y demás excrecencias: el *Fils*
de France,
con su estudio forzoso,
aborreció la lectura, y dio
en bobo

para uso de este otro Delfín (bueno, para este
Besugo),
¿qué libro-de-la-vida rebajaron, que creí,
una vez,
que no eran la muerte,
ni amores
cochinos?

perro viejo

no

este perro viejo

no

(no aprende trucos

nuevos): escribiré

aún,

en contra de las fregonas de la Academia,

con acento,

guión,

fió,

éste,

aquél

(como fueran

pronombres),

el sólo

adverbial,

y preferiré ciertas mayúsculas iniciales que prohíben ahora,

por amor a su nombre

estupendo,

y porque los apellidos de mi padre, Palazón

y Oncina,

corren la incierta extremadura entre Alicante y Murcia,

diré

seguidas

las provincias de aquel Levante bobo,

fabricado,

de los mapas de mis aulas horrorosas,

defiendo además (defiendo

sobre todo)

que Plutón,

pobret,

es el planeta trasero de nuestro barrio

añicos

hace la escritura

añicos

mis cosas: ¡coño,

estos textos me desmontan

y desmeollan!

vocabulario de mi deporte primero

decía (¿decíamos
todos?)

orsay,

faus,

y (éste

era

error

particular

mío),

detrás del apellido de un compañero de clase, aquel

Picornell,

córnell,

también, deporteríaporteríamarranería,

y porteriorregateador, y valen-

las-

paredes,

y con aquellas voces

bárbaras

apañábamos el lexicón de un paraíso que cabía en el patio del
colegio de los Agustinos

las dominicas

el Colegio de las Dominicas quedaba muy cerca del mío,
y al ladito de casa,
donde empieza Ramón y Cajal,
muy cerca de donde hoy han puesto los iguales

alguna vez entraba en las Dominicas con mis padres,
a recoger a mi hermana Eva,
y,
perdido en el frufú de colegialas de uniforme,
sentía un miedo
tibio,
dulzón,
delicioso,
que me mareaba,
huy

apandillados

llámanlo pandar, o “empandillar
el naípe”,
y lo juzgan
cosa
de “cosarios
y tahúres”,
esto de juntar “las cartas de un mismo palo”, en concurso
fullero,
para adelantar

yo fui apandillándome, en ligas
más o menos secretas,
por si recibíamos manos más favorables para el pericón de la
vida,

con mis compañeros de colegio,
con carlostejerinabotella,
primero,
más adelante con Pajuelo
y Puchades (armamos una sociedad
gilipollas
que llamábamos de “los tres Búhos”),
con Pajuelo (otra vez),
Pedreira,
Peñuela
y Máiquez,
para empezar,
en quintocé,
un periódico,
El Universo,
que investigó, ahí
es nada,
lascarasdebélmez,
con Ortuño, Arrando y Mompó (usábamos,
para decirnos,
un mejicanismo,

y nos titulábamos “loscuatromanitos”),
para los deberes de inglés, y de dibujo
a rótring,
para las películas de reestreno, en sesión doble, del sábado,
para los tebeos márvel,
con la gente
mejor
de COU,
para *El Talego*,
para los futbolines,
los marcianitos
y comecocos,
para el cine-de-arte-y-ensayo,
para las noches de estudio,
ajedreces,
risk,
póquer
y ternezas un punto afeminadas

fuimos gariteros
algo pánfilos,
jugadores de poca ventaja,
y,
con todo eso, en esto, en esta
timba,
digo,
ganamos,
me parece,
más de una baza

les liaisons dangereuses

Por lo común no tienen mucho peligro (hablo
del montón de mis amigos),
pero seguí un tiempo a Fermín y a Rodolfo, que eran altos
y desastrados.
Me arrimé a ellos en un viaje escolar, a Mallorca,
y los busqué
luego
en afueras
inciertas,
y pude haberme perdido (pude haberme
encontrado),
detrás de estos dos ángeles
gamberros,
jipis,
pero pasó algo que no sé,
dejaron el colegio en tercerodebup,
y fui,
otra vez,
prudentísimo (bueno,
un rajado).

fuero muy particular

En el Libro Becerro que asegura mis privilegios y exenciones
viene este favor antiguo,
que me esperaba mi chica a veces a la salida del colegio, y
podía
yo
ir a recogerla a la Escuela de Artesanos, en la Avenida José
Antonio. Fue
patente
doble
que me distinguía (y muchos,
espiando a los novios,
se encelarían).

esta otra Columna Durruti

para formar

club

nos faltaban perejiles,

que pertenecíamos a una “burguesería” demasiado mediana,

y no queríamos, de ningún modo, empezar banda, menos

todavía

pandilla,

conque pusimos a nuestra potrada de bachilleres nuevo título

prestado de la milicia,

con apellido malaventurado,

pero la columna que levantamos se movía con tembleques,

vacilona,

y daba, ésa es la verdad, poca guerra

COU

COU fue mi último curso
feliz,
y el primero: era,
huy,
mezclado,
con chicos
y chicas que nos mareaban, Mariela, Eloína, sobre todo
Marisa:
las mañanas, vaciadas de clases,
eran para la partida del fútbol y la cafetería Jorge,
hacia las ocho, después del colegio,
íbamos al Marquesado, una taberna vieja,
y a la noche, cuando se terminaba *Hombre rico, hombre pobre*,
quedábamos en el Trina, a tomar un café y masticar cocos,
o tumbar a aquellos marcianitos tontorrones,
y después nos juntábamos en el comedor de mi casa, o en *ca*
Agustín,
a estudiar Historia, Filosofía,
a contarnos,
a jugar a que éramos amigos
y golfillos

De Amicitia

yo creía entonces (creo
todavía)
que en aquella parroquia
algo golfa
de la esquina Albacete-
Marvá,
como yo defendiese el fútbolín, y gobernase
mi delantera
Arrando,
pareceríamos invencibles, y creí
(creo
todavía)
que lo ganaríamos todo,
todo,
también,
hombro-con-hombro,
en los billares
de la vida

la Juana

la Juana (con el artículo delante que dice a las diosas
tremendas)
fue la musa morena,
teen,
de los agustinos de mi promoción,
en los futbolines de la esquina marvá-albacete,
la dudosísima virgen tutelar de aquella capilla granuja,
nuestra ¿indiferente? *groupie*

quinta del ochentayqué

hicimos, los agustinos de mi quinta, un ejército
de irregulares,
regularcillo,
vamos

unos, los que sacaron de nacimiento (vamos,
por inútiles)
la piedrecita negra,
más venturosa,
no entraron
en caja;
a éstos los sacaron de ella, que sobraban (los del exceso
de cupo, digo);
los de la pata
boba,
cobardicas,
aunque en nuestras fantasías nos soñábamos golondrinos,
novayaschénovayas,
fuimos,
y servimos
mal

rendíamos,
en aquellos cuarteles,
la espada que defendía lo que éramos

yo,
por lo menos,
¿no me ves?,
salí,
con todo aquel ahocicarme,
vencido
para siempre
hacia este lado

índices escolares de nuestra generación

yo no usé nunca (yo
nunca supe)
el plumier, la plumilla, el plumín,
el tintero,
el papel secante, la sal
de acederas,
pero de párvulo,
y con el padre Luis,
y con el padre
Ángel,
y con el padremanuelmecáñez,
nos sentaban dedosendós a un pupitre de madera oscura,
recia,
erosionada por el zumo agrio del aburrimiento,
con una acanaladura y un círculo hueco que no servía
ya
(un agujero negro con un horizonte de sucesos
espantoso, el pozo
negro
de las cloacas de aquel edificio levantado para sujetarnos)

aquel mueble fatigado, fabricado con piezas en desuso,
rudimentarias,
que estorbaban
ahora
la escritura y la caligrafía cabales,
señala exactamente los años de una generación de frontera, *in-
between*,
entre-esto-y-lo-otro,
al borde
de,
que poblaba una extremadura movediza,
marcada por mojones dudables,
que comenzaba la jornada escolar formando en el patio
delante del vicerrector,

y todas las clases con un padrenuestro,
y sufría encogiéndose de hombros, y hasta divertida, castigos
imbéciles,

desbravada por curas
y militares,
que fue la primera,
sin embargo,
que no hizo el examen de ingreso,
ni el bachillerato,
ni el PREU (por eso
parecemos algo borricos),
y manejó,
en quintocé, con César, nuestro maestro
bueno,
el *Consultor*, y utilizaba fichas modernas
y tontas
que no nos obligaban mucho

en aquellas aulas Franco roncaba
aún,
pero no era la bramadera verrionda del ciervo espléndido en
celo,

ni el murmullo de la digestión contenta del tigre, era
el sarrillo con moco,
tóxico,
de una alimaña terminal

las clases,
quizás,
que describen mejor aquella tierradenadie,
son las de inglés,
porque fuimos los primeros, también
en esto,
en la historia de los Agustinos,
que lo estudiamos,
con el Davalillo,

y mezclábamos en ellas un rosario anglosajón que
desgranábamos en irreligiosa algarabía,
el holymarymotherofgodthelordiswiththee,
con el lemontreeverypretty
y el i-was-born-in-west-virginia-north-caroline-i-did-roam de
Joan Baez,
en el magnetófono norteamericano del sacerdote con apellido
de demonio
travieso

salimos (pero no saldremos
jamás)
al mundo
con estropicios que nos incapacitaban para la vida,
pero defendíamos nuestra felicidad en los dos o tres patios del
colegio,
en los quioscos de sus orillas,
en los futbolines de la esquina pilluela marvá-
albacete,
en las destartaladas tabernas,
y en las cafeterías pijas,
que lo rodeaban,
en los tebeos *márvél*,
en el Astoria, en el Price, en el cinejerusalén,
en las partidas de un póquer cursi
y sentimental

VOY

es voz del hampa,
que empleábamos en nuestros amables garitos, voy,
decíamos,
como nos sirvieran cuatro picas, tres letricas
seguidas,
dos reinas, naipes
que pudiesen apuntar al color,
a la escalera,
al póquer,
y engordábamos el *pot*, y pedíamos cartas
nuevas,
a ver,
y tiene uso,
también,
en la vida ordinaria,
aquí mismo,
voy

en conserva

“Ir o caminar en conserva. Juntarse algunos en compañía, para ir resguardados y a cubierto de los riesgos y contratiempos que pueden acaecer. Dícese con especialidad de los viajes marítimos, cuando los navíos van escoltados de algún convoy. El Soldado Píndaro, *De Gonzalo de Céspedes*, Folio 144 ‘Íbamos caminando en conserva, no sin éste y otros muchos recelos, cuando sobre los bajos de la Serranilla, cerca de la prima noche, nos salteó un huracán con furia tan diabólica, que en un instante todos los galeones nos perdimos de vista.’”⁶

es verdad, muchas veces me he pintado,
porque me divertía,
como desconversable, juan-
palomino, gatopajar;
parece mucho más llevadero, sin embargo,
marear nuestras naves
en conserva,
usando juegos de faroles para advertirnos de las mudanzas de
los vientos y las corrientes, ¡quidad la boneta,
que dejamos atrás a Huerta,
se desvía Pajuelo, Arrando
no está,
a Balaguer no lo veo,
estamos perdiendo toda la palazón!

⁶ *Diccionario de Autoridades*.

índice

agustino de nación

1. compostelana
2. Quai des Grands Augustins
3. class of
4. I'd rather not
5. investigación, o invención, del párvulo
6. Gothic
7. limosnerías
8. palotes y perdición
9. el pájaro verde
10. ¡a [de]formar!
11. arqueología (casi, geología) del pupitre
12. en desmemoria feliz
13. el patio del Colegio de los Agustinos
14. adivina lo que llevo en el babero
15. el yo-yó
16. what about the boy
17. clerigalla
18. díscolo
19. el Consultor
20. discalculias
21. trigonometría venérea
22. Peter and Molly
23. vocación
24. más o menos presentes
25. “ad usum Delphini”
26. perro viejo no
27. añicos
28. vocabulario de mi deporte primero
29. las dominicas
30. apandillados
31. les liaisons dangereuses
32. fuero muy particular
33. esta otra Columna Durruti
34. COU
35. De Amicitia
36. la Juana
37. quinta del ochentayqué
38. índices escolares de nuestra generación

39. voy

40. en conserva